

Se ha ocupado el kilómetro 6..., novela de guerra de Cecilio Benítez de Castro

José Luis CAMPAL FERNÁNDEZ

Real Instituto de Estudios Asturianos
joseluiscampal@hotmail.com

RESUMEN

En nuestro trabajo se ofrece una lectura analítica de *Se ha ocupado el kilómetro 6...*, novela ambientada en la guerra civil española y escrita en el fragor del combate con voluntad partidista. Se trata de una obra desatendida pero literariamente no carente de cierto interés, y, con la distancia que da el tiempo, proclive a una revisión desapasionada de sus virtudes y carencias.

Palabras clave: Guerra civil española, novela, siglo XX.

ABSTRACT

In our work, it's offered an analytical reading of *The kilometre 6 has been occupied...* a novel set in the spanish civil war and written amid the din of battle with partisan will. It's a disregarded novel but with some interest from the point of view of literature, although, with the passing of time, disposed to a dispassionate revision of its qualities and lacks.

Key Words: Spanish civil war, novel, twentieth century.

La guerra civil española (1936-1939) ha sido, desde el mismo instante de su estallido, fuente inagotable de inspiración para los novelistas que la vivieron o sufrieron, directa o indirectamente. Sin embargo, no todas las muestras literarias del conflicto han gozado de la misma atención crítica. Una de las que entrarían en este cajón sería *Se ha ocupado el kilómetro 6...*, un relato del santanderino Cecilio Benítez de Castro que se correspondería, en la clasificación propuesta por Maryse Bertrand de Muñoz en *La guerra civil española en la novela*, con la «guerra vivida», ya que se desarrolla en plena contienda bélica, si bien el radio de acción está reducido a la batalla del Ebro, acontecimiento que en la obra se contempla unilateralmente desde el bando nacional por los ojos del protagonista, el luchador falangista Julio Aguilar, presumible trasunto ficcional del propio autor.

La novela lleva por subtítulo «Contestación a Remarque». El contraste u oposición entre ambas obras se pone ya de manifiesto en el mismo título, pues frente a la irónica rotundidad del enunciado antibelicista y derrotista de *Sin novedad en el frente*; frente a esa suerte de estatismo amargo, Cecilio Benítez de Castro opta con su *Se ha ocupado el kilómetro 6...* por la acción impetuosa y animosa de la victoria cumplida en el avance que tiene lugar en toda lucha de ocupación; se decanta por

un mensaje talmente entresacado de un parte de guerra, fiel al espíritu que inspira el título y que se despeja en la última página del libro. La novela elude la cara negativa de la guerra, ya que la portada de la segunda edición (la que hemos manejado) tiene un iconotexto muy poco desmitificador, dado que la ocupa un dibujo de Faber de un soldado tumbado, a medio cuerpo, soldado que parece estar muerto, vestido con el uniforme militar y un ramo de laurel coronándole el casco, un soldado que presenta una expresión neutra, y que muy bien pudiera representar al protagonista Julio Aguilar.

Los contenidos no estrictamente novelescos del libro se reducen a una dedicatoria, un prologoillo, un prefacio del autor y un croquis del escenario de la batalla del Ebro en las guardas de la contraportada. La dedicatoria va dirigida a los muertos que se registran en toda guerra sin especificar su color: «A tantos combatientes (...) que murieron en tierras de España, a redoble de tambor histórico, por un motivo determinado»¹. Le sigue un breve prologoillo de exaltación falangista firmado por Luys Santa Marina, en el que se destaca el carácter internacional de la guerra civil española, rinde tributo a los caídos por la causa rebelde y concede a la Falange el mérito de «haber devuelto la alegría y la belleza al mundo»². Este internacionalismo de la contienda, del que son conscientes las partes en liza, es subrayado, entre otros dentro de la novela, por un soldado nacional que exclama: «La metralla que nos rodea no es española»³. Por su parte, Benítez de Castro ofrece en el «Prefacio» una interpretación juvenil de la guerra, perceptible en el alistamiento: «Abandonan sus aulas y marchan a ocupar sus puestos de combate. (...) Las quintas se incorporan sin dificultad ni reserva, y en los frentes predomina la esperanza, la alegría; florece, entre la sangre, la canción»⁴; y es que, efectivamente, los voluntarios de *Se ha ocupado el kilómetro 6...* entonan frecuentemente canciones («Mambrú se fue a la guerra», v.g.). Los vencedores del enfrentamiento cruento son definidos en esta antesala de la novela como «amantes de la frontera, del hogar patrio, de la religión, de la grandeza, del orden, de la familia»⁵. Por el contrario, a los republicanos los describe el protagonista en una carta, ya dentro de la novela, como gentes «que se oponen a que todo el País viva»⁶.

Se ha ocupado el kilómetro 6... consta de diecinueve capítulos y un epílogo, contruidos de acuerdo con una técnica realista que trata de trasladarnos las excelencias de una ideología, por tanto un realismo condicionado. Usa el autor un estilo conciso y enfático, de admiración constante hacia la figura de Franco como ser irreplicable, un estilo que busca la llaneza y la claridad (Santa Marina había escrito en el prólogo: «Los devotos de la estilística que no la abran [la novela]»⁷), telegráfico las más de las veces, con períodos cortos y nada complejos sintácticamente,

¹ C. Benítez de Castro, p. 3.

² C. Benítez de Castro, p. 6.

³ C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 48.

⁴ C. Benítez de Castro, p. 8.

⁵ C. Benítez de Castro, p. 11.

⁶ C. Benítez de Castro, cap. III, p. 41.

⁷ C. Benítez de Castro, p. 5.

cuya acumulación y la presencia numerosa de sustantivos y verbos imprimen un ritmo agitado y presuroso a la narración; he aquí uno de los muchos ejemplos que se podrían traer a colación: «Han aparecido. Es la primera ola. La fusilería crepita. Una ametralladora, otra, otra. Toda la línea hierve. Cantan por aquí y por allá. Saltan terroncitos de tierra. Empiezan los morteros»⁸.

Se relatan cronológicamente los avatares de la lucha, desde que los reclutas son convocados hasta que se incorporan al frente y se encaran con la cruda realidad del combate y la muerte. Y se hace en primera persona y presente histórico, ya que Benítez de Castro se decanta por que sea el punto de vista de Julio Aguilar, el cabo falangista, el que guíe toda la narración, para que ésta adquiera mayores visos de involucración en lo que se cuenta, para potenciar la versión del participante directo, de quien ha vivido en primera línea de fuego esa hora difícil de la Historia de España. Hay una pretensión de verismo, de objetividad documentalista, de reportaje, pocas veces conseguida. La viveza de las descripciones propiamente bélicas tiene su antítesis en los episodios más propiamente sentimentales, donde predomina el tinte folletinesco y la sensiblería, confrontando el protagonista, por ejemplo, la friolidad de Lucía, su novia oficial, con la entrega, calor, simpatía inmediata y arrojo de la camarada Nuri.

Al adoptar la óptica de un personaje implicado hasta la médula con el ideario falangista («No recuerdo época más feliz de mi vida que mis tiempos de Delegado Provincial, enamorado de mi ideal y de mi causa. Entonces puse a su contribución mi mente y mi capacidad. Ahora pongo mi brazo. Después pondré lo que sea necesario»⁹), no hay un solo capítulo en el que no participe Julio Aguilar. Por su omnisciencia conocemos sus juicios y pensamientos, así como la evolución y valoración de las diversas fases de la batalla del Ebro. Será, además, en su grupo el único que mantenga intacto su arrollador ímpetu ideológico; su indesmayable tesón se contrapuntea con el de personajes que sufren las consecuencias del asedio de las poblaciones por parte de las fuerzas republicanas («¡Cómo ha envejecido el comandante! Dos meses han transcurrido desde entonces. Diríase diez años. Tiene más canas y más arrugas»¹⁰). La voz del protagonista conduce la narración desde el capítulo I hasta el XIX, que se nos dan como el testamento y testimonio de un soldado caído en el fragor de la lucha. El decimonoveno capítulo termina la víspera del último combate, en el que Julio Aguilar morirá, por lo que la mano conductora del «Epílogo» corresponde ya a Benítez de Castro, quien nos da los detalles del último tramo de la batalla del Ebro y nos indica que las memorias de Julio Aguilar las guardó uno de sus compañeros de batallón. Una táctica ésta del manuscrito hallado reiterada luego con cierta frecuencia en nuestra literatura.

La ubicación espacio-temporal es diáfana desde el comienzo de la obra: «El 25 de junio, a las siete de la mañana, salíamos todos, en fila interminable de camiones cargados de gente y material, camino de Gandesa, primero, y del Ebro, después»¹¹.

⁸ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 108.

⁹ C. Benítez de Castro, cap. VI, p. 65.

¹⁰ C. Benítez de Castro, cap. XVI, p. 171.

¹¹ C. Benítez de Castro, cap. I, p. 15.

Los hechos, personajes históricos y emplazamientos en ningún momento se enmascaran. Cuando se entabla la lucha, se fija con exactitud su ubicación; véase una muestra orientativa: «Ha empezado la segunda batalla. Los rojos llegan por la carretera de Corbera, y abandonando el camino, se desparraman a través de las viñas. Van camino del cementerio. Si avanzan quinientos metros más cortarán la carretera de Batea y estaremos sitiados, porque la de Bot está medio dominada desde las alturas de la Sierra»¹². La acción se extiende durante, aproximadamente, cuatro meses: «Hemos llegado al Ebro. Después de cuatro meses y pico de combates»¹³.

Emplea el autor un lenguaje, si no brillante, desenvuelto, en el que, de vez en cuando, se rebaja la tensión con humor (un soldado de guardia no responde y otro explica el porqué: «Está comiendo y tiene la boca llena. No puede contestar»¹⁴) o se cuelan expresiones chocantes para el ambiente bélico en el que se desarrolla (de un soldado se afirma que «se sonríe mefistofélicamente»¹⁵). Se da cabida en la narración a un curioso vocabulario guerrero que equipara la lucha a cualquier otra actividad social (se llama «frac» al corraje y «caña» al fusil), a extranjerismos («*débâcle*», «*staccato*», «*tenue*»), a eufemismos fisiológicos («perentoria necesidad natural»¹⁶). Incurre el novelista en laísmos («se las entiende»¹⁷, «no la escribo»¹⁸, «decirla»¹⁹, «mentirla»²⁰) o en incorrecciones gramaticales («apartaros»²¹ por «apartaos»; «dejarlos acercar»²² en vez de «dejarlos acercarse»).

Al lado de descripciones sin ornamentos, desnudas y efectistas, despunta el uso que se hace de la forma epistolar (siempre son las cartas que el personaje conductor le envía a su novia Lucía; sólo la última va dirigida a otra mujer), cartas de dispar cariz en las que se rememoran hechos que acaban de narrársenos, pero que tienen valor por sí mismas, ya que aportan informaciones que no se habían desvelado con anterioridad. Y al lado de las cartas, el abundantísimo diálogo de que está trufada toda la novela, y sobre el que van a montarse las disyuntivas dialécticas. Los personajes matan el tiempo, y hasta el miedo, hablando. Es un diálogo directo sobre cuestiones nada elevadas, pero que cuando en él se reflexiona sobre la guerra y sus causas adopta un tono doctrinario que no casa con el nivel visto hasta entonces. Raramente se indica explícitamente qué personaje habla, pues lo que dicen son por regla general comentarios u opiniones que cualquiera de sus compañeros asumiría.

De los personajes que arropan al protagonista apenas se nos dan dibujos fisonómicos, sólo algunas señas psicológicas definitorias, y se les nombra por sus apodos (Pitilín, el Bicho o mamá Valentín, en la primera pandilla con la que coincide en

¹² C. Benítez de Castro, cap. XI, p. 111.

¹³ C. Benítez de Castro, cap. XIX, p. 198.

¹⁴ C. Benítez de Castro, cap. II, p. 25.

¹⁵ C. Benítez de Castro, cap. III, p. 35.

¹⁶ C. Benítez de Castro, cap. II, p. 26.

¹⁷ C. Benítez de Castro, cap. II, p. 26.

¹⁸ C. Benítez de Castro, cap. III, p. 39.

¹⁹ C. Benítez de Castro, cap. XV, p. 154.

²⁰ C. Benítez de Castro, cap. XV, p. 156.

²¹ C. Benítez de Castro, cap. III, p. 42.

²² C. Benítez de Castro, cap. IX, p. 87.

territorio bélico; o Lolita en el segundo grupo). Cuando quiere resaltar alguna cualidad física en las adjetivaciones suele emplear los sufijos aumentativos de filiación intensificadora y ennoblecedora -ote/-ota («sanote», «noblote», «fuertote»). Por el contrario, para destacar rasgos negativizadores, ataca el intelectualismo que se opone a la acción y vuelve enfermizos a quienes sólo se consagran al estudio (de un personaje llamado Pérez, afecto al bando nacional y asignado al departamento de Información, se nos dice que es un «hombre débil, casi enclenque (...), parece un intelectual agotado por sus elucubraciones»²³). El repudio que se hace del intelectualismo adquiere visos de mal que hay que atajar (tras llevar a cabo un laude de Franco, proclama el protagonista: «Nada de oradores»²⁴). Al personaje de la causa nacional más próximo a tales consideraciones (el periodista Arturo), se le salva porque conjuga acción y reflexión, pero donde esta última siempre es posterior a aquélla.

La novela dedica buena parte de sus páginas a fustigar la política errática prebélica de la II República, acusándosela de ser la verdadera espoleta del conflicto armado, tal y como apunta el narrador en los primeros capítulos: «Está visto que en España lo de los partidos políticos era una filfa. Aquí no hay ni había más que españoles y lo que hacía falta era cogerles de la mano y enseñarles un camino»²⁵. Hay incluso una alusión sangrante a los dirigentes de la revuelta asturiana de octubre de 1934: «Los dirigentes se comieron las vacas y las terneras y se bebieron la leche. Vendieron lo de las minas y éstos [los mineros] tuvieron que irse al frente a morir ante Oviedo»²⁶.

No se encierra en la novela una abierta apología bélica, o al menos una apología sin fisuras. El soldado falangista Aguilar afirma que la guerra «no nos gusta. No creo que le guste a nadie», para, acto seguido, hacer notar que «una vez en ella, se ve que tiene sus valores. Y sus glorias»²⁷. A semejanza del autor expreso, Cecilio Benítez de Castro, el protagonista Julio Aguilar también ha leído a Remarque (sus opiniones son en extremo coincidentes, la misma cara de una moneda), y lo ha hecho antes de recibir la experiencia de la guerra. Por eso, a su vuelta a su Valladolid natal, tras siete meses de guerra activa, está ya en disposición de rebatir las tesis del autor de *Sin novedad en el frente*, pues ha visto morir, sin enmendarse de sus acciones y creencias en semejante trance final, a amigos como mamá Valentín: «La muerte de mamá Valentín, sola, es demostración palpable de que el hombre no es un borrego que va a la guerra a sufrir, porque le obligan. (...) Hay muchos que tienen plena conciencia de lo que ocurre, que desean el medio violento porque reconocen su necesidad, y que mueren seguros de que su sacrificio era necesario»²⁸. Para Benítez de Castro sólo van «obligados» a la contienda los soldados republicanos, por eso cuando se rinden, «se pasan a nuestras filas con la alegría retratada en la cara»²⁹.

²³ C. Benítez de Castro, cap. VI, p. 66.

²⁴ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 106.

²⁵ C. Benítez de Castro, cap. II, p. 30.

²⁶ C. Benítez de Castro, cap. XIV, p. 149.

²⁷ C. Benítez de Castro, cap. XIV, p. 139.

²⁸ C. Benítez de Castro, cap. XV, p. 159.

²⁹ C. Benítez de Castro, cap. XVI, p. 166.

Recoge Benítez de Castro los primeros contactos de los combatientes con la experiencia de la guerra; se refiere a la inconsciencia con que acuden a la llamada bélica o a la incertidumbre que muestran respecto a cuál será su destino («Cuando vinimos pensamos: «Bueno, iremos a Valencia». Y más tarde, al ver que no seguíamos hacia Morella: «Será que vamos a cruzar el Ebro»»³⁰); plasma la satisfacción del voluntario por la buena alimentación o la fascinación por los uniformes, pero no recoge posturas interpelativas en la figura del soldado, éste no se pregunta por qué está ahí, por qué le dan tales directrices o por qué las cosas suceden de tal o cual forma en el campo militar, ya que según el credo falangista el soldado sólo acata órdenes, no las cuestiona ni mínimamente («No hay que sentirse superior a los que mandan sobre uno»³¹). La obediencia ayuda a administrar los propios recursos («No hay que malgastar cartuchos. Es de tontos tirar tanto. Se tira cuando es necesario»³², recomienda un mando) y les salva a los soldados, en ocasiones, de una muerte segura, como la que hallarían si cometen la imprudencia de encender un cigarrillo en la noche y ser, en la oscuridad, blanco fácil del fuego enemigo.

La imagen viril y arriesgada de la guerra («La guerra es para los hombres»³³) hace que nos presente a los soldados falangistas con el ánimo encendido, plétóricos, llenos de energía («estamos sobreexcitados»³⁴); eso no impide la introducción de personajes homosexualizantes como Lolita o mamá Valentín, del que repetidamente se subraya su condición heterosexual, cuando sus acciones parecen desmentirlo.

La guerra proporciona, para el autor, gloria, no dinero («Esta guerra no da dinero. Da fama»³⁵), y hacer de abanderado, llevar el pendón, es considerado como la mayor gratificación y resumen de las más excelsas aspiraciones militares de la tropa: «Tiene mucho peligro, pero es muy bonito. Entusiasma eso de llevar la bandera corriendo por todas partes, delante de todos los demás. Todos quieren serlo»³⁶, dice el cabo Aguilar en los momentos cruciales de la batalla del Ebro. El nerviosismo que se apodera de los neófitos combatientes se traduce inicialmente en impericia («Tiramos contra la barca una bomba de mano, y la otra. Las primeras no estallan. Han ido con cinta y todo, como piedras»³⁷). Pero esta camaradería festiva e inconsciente, sacralizadora de la guerra, se quiebra cuando los soldados sufren en sus carnes la crueldad de la misma: tras la muerte de mamá Valentín, Pitilín se muestra desencajado y el protagonista lo pinta como un guiñapo: «Es un ser enclenque y abatido que me mira con unos ojos desmesuradamente agrandados (...). Esto es un ser que no tiene músculo ni decisión, y que está materialmente hundido»³⁸.

La guerra que se pinta en *Se ha ocupado el kilómetro 6...* es la del combate intermitente: se pelea a ráfagas, por turnos, con dilatados intervalos de inactividad

³⁰ C. Benítez de Castro, cap. I, p. 21.

³¹ C. Benítez de Castro, cap. II, p. 32.

³² C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 52.

³³ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 103.

³⁴ C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 54.

³⁵ C. Benítez de Castro, cap. XIV, p. 144.

³⁶ C. Benítez de Castro, cap. XVII, p. 181.

³⁷ C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 56.

³⁸ C. Benítez de Castro, cap. XII, pp. 118-119.

beligerante y bombardeos larguísimos que modifican la geografía («A este paso, en dos semanas no queda una colina ni para un remedio»³⁹). Pero la dureza de la guerra no radica sólo en el intercambio de disparos, sino también en las marchas a pie, que resultan demoledoras, o en los lugares elegidos o habilitados para dormir («Su cama es una roca con una depresión y se adapta a ella perfectamente»⁴⁰).

La cara amarga y trágica de la lucha, por lo que tiene de mala suerte, reside igualmente en las balas perdidas, casualidad atroz de la que hay múltiples referencias en toda la novela; Benítez de Castro refleja un caso de la siguiente manera: «El rubillo se ha tumbado después de comer encima de un promontorio. Pasan muchas balas rasas, perdidas. Da un grito (...). Está muerto»⁴¹. Los soldados de la novela anhelan, de producirse, una muerte heroica y estereotipada por moldes líricos: «Yo, si tuviera que morir, quisiera hacerlo en un combate. Lleno de bombas de mano y con la bayoneta. Cantando cualquier cosa y empujando a los que van delante de mí»⁴². La muerte entendida como sacrificio a la causa no se da por inútil; dice el protagonista: «Yo vi un soldado que se moría gritando «Victoria». Eso no es una baja»⁴³. La muerte en el fragor del campo de batalla no asusta a los combatientes: «Cien granadas caen en el parapeto y otras tantas a nuestros pies. No nos preocupa, porque aunque caigamos todos, otros vienen detrás»⁴⁴.

La guerra se plantea como un trabajo desinteresado, y como en éste aquí también se articulan descansos, bien con la asistencia a los bailes o verbenas de los pueblos próximos al territorio ganado al contrario, bien con el intercambio de prensa, tabaco y comida. La percepción de este trueque que aporta el autor es distinta, dependiendo de la facción que lo lleve a cabo: para los nacionales, la finalidad que tiene el aceptar los intercambios «es que vean cómo a los hombres de Franco nos sobra el tabaco y la comida»⁴⁵, mientras que los republicanos lo consideran traición y no lo aceptan, castigando, según la versión ofrecida por Benítez de Castro, con la muerte a quien se presta a ello, coadyuvando de ese modo a socavar aún más la imagen de criminales sin entrañas que el narrador pretende legarnos del adversario.

En *Se ha ocupado el kilómetro 6...*, la guerra se apresa en las trincheras, pero también en la retaguardia, cuyos episodios actúan como árnica; retaguardia en la que los soldados se reponen de las heridas y asisten a desfiles y mítines propagandísticos, mostrándonos Benítez de Castro la conversión, debido a necesidades inaplazables de la guerra, de los teatros en hospitales («Han salido ganando en dignidad»⁴⁶, apostilla). A propósito de lo cual exalta la abnegada labor de las voluntarias del «Auxilio Social», a las que por otra parte nunca se les permite, pese a su obcecación en hacerlo, acudir o permanecer en primera línea de combate. El recto

³⁹ C. Benítez de Castro, cap. XVII, p. 179.

⁴⁰ C. Benítez de Castro, cap. XVI, p. 176.

⁴¹ C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 46.

⁴² C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 46.

⁴³ C. Benítez de Castro, cap. XIII, p. 132.

⁴⁴ C. Benítez de Castro, cap. XVIII, p. 187.

⁴⁵ C. Benítez de Castro, cap. VIII, p. 81.

⁴⁶ C. Benítez de Castro, cap. V, p. 58.

sentido moral que parece presidir la conducta falangista del protagonista masculino, impide que vea en estas jóvenes otra cosa que no sea compañeras de lucha, y así cuando le insinúan al protagonista algo diferente, se revolverá diciendo: «Si esa mujer no fuera de uniforme, si ese uniforme no fuera la camisa azul, yo la habría mirado de otro modo. Pero la he visto como una combatiente y como una compañera de lucha. No se me habría ocurrido mirarla de manera distinta»⁴⁷. La concepción femenina del falangista se concentra en la maternidad, la abstinencia fumadora y bebedora, y la conducta pudibunda («Una mujer no debe tener más razón que sus hijos»⁴⁸; «aquella Lucía que soñara no fumaba ni bebía, ni tenía tanto descaro»⁴⁹).

Que España está en guerra se nota no sólo en el frente, sino también en las ciudades en paz próximas al campo de batalla, en los centros urbanos que ven alterado el flujo de su discurrir habitual, de su ambiente y paisanaje normales. Así pinta el soldado-narrador, en un momento dado, el hervidero humano de la Zaragoza de la guerra civil: «Zaragoza, hecha capital militar de España, está repleta. El Ejército del Norte en pleno ocupa el Coso, el Paseo de la Independencia y los cafés, los teatros y los cines. Soldados heridos, convalecientes, de permiso, furrieles, carteros, enlaces. Las calles son un inmenso cuartel en que no se ve más que uniformes (...). Tropezamos unas cuantas veces, huimos de las aglomeraciones (...). Pero de los empujones no nos libra nadie»⁵⁰.

Toda guerra arroja finalmente un tétrico balance de bajas mortales (en el epílogo, indica el autor que la batalla del Ebro se cobró «setenta mil bajas»⁵¹) y de invalideces físicas. No advierte el narrador que tal condición de lisiado sea un impedimento en la futura sociedad que salga de la guerra civil, más bien todo lo contrario: un mundo de ventajas. El protagonista se dirige así a un soldado inválido: «Ya has hecho bastante. Ahora, a casa. El Estado vela por ti. Tendrás un buen trabajo. Te podrás casar y vivir. Y, como eres un Mutilado de Guerra, no hay quien te tosa»⁵².

Se ha ocupado el kilómetro 6... es un recetario de vicios y virtudes bélicas desde la óptica falangista, manifiestamente maniquea, propio del belicismo que aún se vivía en el momento de redacción de la novela (1939). Así pues, la demonización del rival es continua. El enemigo es llamado en todo momento «rojo», y en alguna ocasión excepcional «republicano marxista»⁵³. En contraposición, al combatiente nacional se le piropea más de una vez considerándolo un «revolucionario auténtico»⁵⁴. A los republicanos se les acusa de bombardear pueblos donde no hay destacamentos enemigos («Una casa se ha ido abajo(...) Me dicen que esto ocurre muy a menudo y que ha caído mucha gente porque los rojos, para divertirse, tiran sobre Benisanet, Miravet y Pinell cuando les da la gana»⁵⁵), de asesinar indiscriminada-

⁴⁷ C. Benítez de Castro, cap. VIII, p. 80.

⁴⁸ C. Benítez de Castro, cap. XV, p. 152.

⁴⁹ C. Benítez de Castro, cap. XV, p. 157.

⁵⁰ C. Benítez de Castro, cap. XIV, pp. 147-148.

⁵¹ C. Benítez de Castro, p. 205.

⁵² C. Benítez de Castro, cap. XIV, p. 141.

⁵³ C. Benítez de Castro, cap. XIV, p. 148.

⁵⁴ C. Benítez de Castro, cap. V, p. 61.

⁵⁵ C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 50.

mente («Aquí los rojos se llevaron el novio, aquí el padre, allá fusilaron a un hermano, allá al abuelo o al hijo»⁵⁶); y de no dudar en eliminar a los suyos para seguir adelante si se acobardan o entorpecen el avance: «Oímos entonces un estrépito. Los ametrallan por la espalda sus propios compañeros para que avancen»⁵⁷. Se les echa en cara también su mala puntería y su absoluta falta de amor patrio, ejemplificado en los «¡Viva Rusia!» que profieren los batallones rojos y que tiene su contestación en el «¡Arriba España!»⁵⁸ que lanza un jefe de Cadetes falangista antes de ser fusilado. En compensación, se les reconoce su habilidad fortificadora: «Desde aquí se perciben unas alambradas y sacos terreros. Y una cosa blanca, que son chapas blindadas o cementos. Son los amos fortificando. Creo que es para lo único que sirven»⁵⁹.

Frente a tales actuaciones, los nacionales operan como un todo perfectamente organizado y seguro del resultado final, frente a los republicanos que, tras una victoria, «pasan al galope desesperado. Sin orden ni formación alguna. Como un alud»⁶⁰. La imagen propuesta por Benítez de Castro es más que aclaratoria del caos reinante en las filas que defendían al gobierno constituido. Los rebeldes poseen una confianza total en sus jefes, y sobremanera en su caudillo, confianza idealizada que se mezcla con una veneración reverencial casi mística: «Tengo en él una fe ciega, como todos, y es porque nos hemos visto mandados y conducidos a la victoria»⁶¹. Los soldados leales a la sublevación son revestidos de atributos como la lucha altruista («Nosotros y Franco no le pedimos nada [al pueblo]»⁶², exclama el soldado-narrador); como la lealtad de las jerarquías superiores para con el territorio, que no abandonan ante el avance enemigo («—Pues el Jefe se queda en su comarca mientras en su comarca haya un metro de tierra en donde poner los pies»⁶³, se jacta un jefe comarcal de Falange). Atributos como el desvelo del mando en el trato con la tropa («Da gusto andar con jefes así. Todos los días viene a ver el rancho, pregunta cómo está, lo prueba»⁶⁴); o como la recia convicción del combatiente nacional de que es en el frente el lugar donde, sin vacilaciones y en ese preciso momento, se debe estar (dice un soldado: «El soldado que está en la guerra y piensa si debe estar o si no debería estar, no es tal soldado, ni un nacional»⁶⁵). Incluso en las encrucijadas problemáticas, los mandos rebeldes mantienen la planta, provocando la admiración de sus subordinados: «Pensará permanecer hasta que el último hombre esté a salvo»⁶⁶. Se resalta, igualmente, el trato humanitario que los falangistas dispensan a los prisioneros («Claro que no se le hará nada. Demasiada suerte ha tenido en caer entre nosotros»⁶⁷). A la insinuación de una mujer de que habría que fusilar a los sol-

⁵⁶ C. Benítez de Castro, cap. III, p. 37.

⁵⁷ C. Benítez de Castro, cap. XIII, p. 136.

⁵⁸ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 104.

⁵⁹ C. Benítez de Castro, cap. XIII, p. 135.

⁶⁰ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 97.

⁶¹ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 106.

⁶² C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 51.

⁶³ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 99.

⁶⁴ C. Benítez de Castro, cap. III, p. 39.

⁶⁵ C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 47.

⁶⁶ C. Benítez de Castro, cap. IX, p. 92.

⁶⁷ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 102.

dados republicanos, le replica un nacional que «aquí no se fusila a nadie. Se les da de comer y se les conduce a la retaguardia»⁶⁸. Cuando son capturados varios milicianos, uno de ellos les pregunta sorprendido a los falangistas: «Así, ¿es verdad que no matáis a los prisioneros?»⁶⁹. Los sublevados no contemplan nunca la rendición: «Antes caeré reventado que prisionero. No creo que haya un soldado en el Ejército de Franco que no piense así»⁷⁰.

Los falangistas se arrojan la lucha por la defensa del pueblo bajo («Luchamos porque el hombre trabaje y coma»⁷¹), mientras que con el gobierno de la República los labradores y obreros sólo han conocido «la colectivización, la persecución y el hambre»⁷². Cuando un pueblo va a ser tomado por las tropas republicanas, sus habitantes huyen despavoridos «con los colchones auestas, con las gallinas y los conejos y las pocas cosas que se pueden montar en un carro (...). Nadie vuelve la vista atrás. Atrás están los rojos y, con ellos, este pueblo trabajador, campesino, no quiere nada»⁷³. El protagonista señala en otro lugar, al final de la novela, que cuando abandonan una posición habitada, los republicanos proceden a su total destrucción: «Los rojos se lo han llevado todo tras de sí y han prendido fuego a lo que quedaba de valor»⁷⁴.

Con la facción adepta a Franco luchan gentes conversas, y eso provoca los recelos del protagonista. Habla, concretamente, de un batallón de antiguos mineros asturianos que fueron hechos prisioneros y se agregaron al bando nacional, y se pregunta ante la proximidad del ejército republicano: «¿No aprovecharán la ocasión para asesinar a sus jefes y pasarse a sus antiguos correligionarios?»⁷⁵, y un poco después se dice a sí mismo: «Tienen cara de rojos (...) En cuanto se den cuenta de que sus «amigos» están cerca, desertarán y tomarán las armas para unirse a Negrín, a la «Pasionaria» y a toda esa pandilla de jefecillos que se reparten la media España que falta por conquistar»⁷⁶. Esta concepción de la guerra como cruzada, acción imperial de épica y heroísmo, como conquista o reconquista obligatoria, se repite constantemente en el discurso falangista de la presente obra de Cecilio Benítez de Castro, una novela de exitosa circulación, reeditada en varias ocasiones, que evidencia bajo su panfletarismo (paradigma de obra de guerra en la guerra) unas hechuras elementales pero discretas, y literariamente no completamente despreciables.

OBRAS CITADAS

- BERTRAND DE MUÑOZ, Maryse: *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada*, Madrid, José Porrúa Turanza, 1982, 2 tomos.
- BENÍTEZ DE CASTRO, Cecilio: *Se ha ocupado el kilómetro 6... (Contestación a Remarque)*, Barcelona, Editorial Juventud, s. f. [la I.ª edición es de 1939].

⁶⁸ C. Benítez de Castro, cap. XVI, p. 166.

⁶⁹ C. Benítez de Castro, cap. XVIII, p. 188.

⁷⁰ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 96.

⁷¹ C. Benítez de Castro, cap. IV, p. 48.

⁷² C. Benítez de Castro, cap. X, p. 99.

⁷³ C. Benítez de Castro, cap. X, p. 105.

⁷⁴ C. Benítez de Castro, cap. XIX, p. 199.

⁷⁵ C. Benítez de Castro, cap. IX, p. 93.

⁷⁶ C. Benítez de Castro, cap. IX, p. 94.